http://dx.doi.org/10.12795/Habis.1976.i07.03

Πῶς δεῖ ἱστορίαν συγγράφειν

LUCIANO Y LA FUNCION DE LA HISTORIA

José María Candau Morón

Presentación

1.0. El escrito de Luciano πῶς δεῖ ἱστορίαν συγγράφειν fue compuesto en el año 165-166. Tomando como pretexto la abundancia de monografías a que había dado lugar la guerra contra los partos, Luciano escribió este pequeño tratado con el fin de ofrecer una serie de preceptos teóricos que sirviesen de orientación a la hora de realizar composiciones de tal índole. Como dice Avenarius, el valor que tiene dicho tratado radica en ser la única obra conservada de la literatura antigua que se propone como fin exclusivo el de presentar una guía con vistas a la composición de escritos históricos [1]. Junto a ella sólo conservamos como exposición del pensamiento histórico de la antigüedad los excursos teóricos de los diversos historiadores, las alusiones al tema en los tratados de retórica y las composiciones acerca de distintos autores en que se manejan principios historiográficos.

1.1. El escrito de Luciano puede dividirse en tres partes. En la primera, que comprendería desde el epígrafe 1 al 13, el autor:

1. G. Avenarius: *Lukians Schrift zur Geschichtsschreibung*. Meisenheim am Glan, 1956; p. 8.

a) explica el motivo que ha dado lugar a su obra;
b) expone suscintamente el programa a seguir;
c) como presupuesto del resto de la obra hace una caracterización de la historia: por una parte, oponiéndola a la poesía y al encomio; por otra, estableciendo el fin que se ha de proponer, el ámbito en que ha de moverse y las cualidades que la elevan al rango de obra literaria con derecho propio.

La segunda parte, que comprende desde el epígrafe 14 al 32, trata, de acuerdo con el plan previsto, de las faltas que ha de evitar el historiador; ello se lleva a cabo mediante la aducción, muy en la vena satírica de Luciano, de determinados ejemplos en los que reluce la incapacidad e ignorancia de la nueva hornada de historiadores, procedimiento que se exagera hasta hacer pensar que esta exigencia programática no es sino un pretexto para ridiculizar la falta de propiedad de las obras surgidas con ocasión de la reciente guerra contra los partos.

En la tercera parte (epígrafe 33 - final) Luciano teoriza en torno a la obra histórica y a la profesión de historiador. Frente al carácter anecdótico e incidental de la parte anterior, ésta ofrece un carácter puramente teórico. También aquí cabría hacer una subdivisión distinguiendo entre:

a) una primera sección (epígrafe 33-42) que contiene la descripción de las cualidades del historiador y, al final, una breve alusión a la misión última de la historia;
b) los epígrafes comprendidos entre el 43 y el 60, donde Luciano se dedica a exponer una serie de reglas prácticas referidas a la consideración formal de la obra: estilo que debe emplear, ordenación de los hechos, cualidades de la narración, proporción entre las distintas partes de la composición, etc.
c) la conclusión final, que comprende los tres últimos epígrafes.

1.2. En el presente trabajo intento realizar una exposición del tratado de Luciano sistematizando en lo posible su contenido. Una mera exposición sería, por otra parte, una tarea sin interés si el escrito del que nos vamos a ocupar consistiese simplemente, como parece indicar su título, en un conjunto de preceptos retórico-

literarios referentes a la disposición de las obras históricas y al estilo que debe usar el historiador; en la próxima sección veremos, sin embargo, cómo Luciano, a medida que va describiendo las cualidades de la historia como hecho literario, se ocupa de una serie de puntos que son, en su concepción, las causas ocultas de donde emergen, como consecuencia, las cualidades formales de la obra histórica. De esta manera, el intento de establecer una preceptiva retórica para la historiografía conduce a una meditación sobre aspectos de más transcendencia: sobre la finalidad que debe proponerse la obra histórica, sobre la función que debe de cumplir y sobre las cualidades que tiene que poseer el historiador para realizar su tarea de manera adecuada. De estos aspectos es de lo que va a ocuparse, preferentemente, el presente artículo.

1.3. Para terminar esta presentación queda por hacer una referencia al problema de las fuentes. Mirado desde este punto de vista el escrito de Luciano aparece totalmente desprovisto de originalidad: todas las ideas que expone se encuentran, o se pueden rastrear, en otros autores [2]. Hay que pensar que las opiniones sobre la historia que emitieron determinados autores de prestigio se ensamblaron en un corpus. Este corpus constituiría materia de enseñanza en las escuelas de retórica; y es de aquí de donde Luciano parece haber extraído el conjunto de ideas que presenta en su tratado [3]. Paradójicamente esta falta de originalidad aumenta el interés del escrito πῶς δεῖ ἱστορίαν συγγράφειν: pues si en él no encontramos originalidad ni fuerza de pensamiento, se nos explicitan, en cambio, los tópicos corrientes en la tradición historiográfica antigua. En este trabajo no me ocuparé del problema de las fuentes; me limitaré a referirme al tratamiento que recibió la historia en distintos autores cuando a través de esta referencia pueda aclararse alguno de los problemas que nos salgan al paso.

La obra de Luciano: ámbito de los problemas tratados

2.0. En tres ocasiones explicita Luciano la intención con que se enfrenta a la composición de su obra:

2. Sobre las fuentes de Luciano puede consultarse la obra de Avenarius que ya he citado.
3. Para una discusión detallada de este punto véase Avenarius, *o. c.*, 165 y siguientes.

a) Al comienzo del escrito expone su intención en términos muy generales:

> «ofreceré a los historiadores una pequeña exhortación (παραίνεσιν) y estos pocos principios (ὑποθήκας)...» [4].

b) En el epígrafe 6, y con la intención de justificar el doble contenido de su obra —criticar las malas obras surgidas recientemente y exponer los preceptos que debe seguir el historiador—, Luciano se expresa de la siguiente manera:

> «Siendo doble la tarea de aconsejar, pues enseña a escoger unas cosas y a evitar otras, digamos en primer lugar de qué cosas ha de huir el que escribe historia, después los preceptos mediante cuyo uso no errará del recto camino que lo hará progresar: el comienzo (ἀρχήν) por el que ha de comenzar, el orden (τάξιν) que ha de aplicar a los hechos y la proporción (μέτρον) de cada parte, las cosas que hay que callar, aquellas en las que es necesario detenerse, cuantas se tratarán preferentemente de paso, y cómo exponer (ἑρμενεῦσαι) y ensamblar todo ello.»

c) En una tercera ocasión Luciano especifica algo más la tarea que se propone, especificación que se lleva a cabo reduciendo a unos límites modestos el provecho que puede sacarse de su obra: en el epígrafe 34, cuando el autor termina la parte dedicada a criticar las obras surgidas recientemente, se exponen las cualidades que debe poseer el historiador. Dichas cualidades, según Luciano, son necesarias para producir una obra histórica de calidad y, por otra parte, el historiador debe poseerlas previamente, como un don de la naturaleza (ἀδίδακτόν τι τῆς φύσεως δῶρον); a continuación vienen los epígrafes 35 y 36, de los que destaco los párrafos que más nos interesan:

> «¿En qué radica entonces la utilidad de la técnica (τέχνης) y del consejo? No en la creación de las cualida-

4. Luciano, *De historia conscribenda*, 4. Utilizo la edición de K. Kilburn, Londres y Cambridge, Massachusetts, MCMLIX.

des previas (ἐς ποίησιν τῶν προσόντων) sino en el uso correcto de ellas.»

«...de manera que apártese de nosotros el reproche que podría dirigírsenos cuando afirmamos haber encontrado una técnica (τέχνην) para asunto de tal magnitud y dificultad: pues no afirmamos que tomando a cualquiera lo vamos a presentar como historiador, sino que mostraremos al que es naturalmente inteligente (τῷ φύσει συνετῷ) y se ha ejercitado de la mejor manera en el dominio de la expresión algunos caminos rectos (si es que resultan tales) mediante cuyo uso podría llegar más rápida y fácilmente a su meta.»

2.1. Según se puede ver por estas declaraciones, Luciano señala expresamente como fin fundamental de su obra el ofrecer una serie de consejos que se refieren a la parte técnica, formal, de las composiciones históricas; esto se muestra de manera clara en el epígrafe 6 —segundo de los que hemos comentado—: en esta ocasión, cuando Luciano anuncia la parte positiva de su tratado, la materia a la que se va a referir su consejo, habla de prólogo, de la proporción de las distintas partes, del método de exposición, de la ordenación de los hechos; puntos todos ellos referidos a la consideración formal —o retórica— de la obra. Más explícitamente, en los epígrafes 34 y 35 —apartado c de nuestra ordenación— aclara que sus consejos no pueden hacer al historiador: únicamente pretenden mostrar al que por naturaleza está capacitado unas directrices, una τέχνη, que le facilitará el cumplimiento de su tarea.

2.2. Una simple ojeada al escrito de Luciano basta para convencer de que el contenido del tratado rebasa los límites impuestos por el autor; porque si en él se trata, de acuerdo con lo prometido, de las cualidades formales de la obra (el prólogo, el método de exposición, la ordenación, etc.), hay también trozos amplios en que se discuten asuntos de más transcendencia: la parte que va desde el epígrafe 7 al 13 está dedicada a exponer las diferencias entre la historia por una parte y la poesía y el encomio por otra; en los epígrafes comprendidos entre el 34 y el 41 se describen el carácter y las cualidades propias del historiador; y en el 42 se trata brevemente del fin que debe proponerse la historia.

2.3. Luciano llega a estas consideraciones de tipo general que afectan a la naturaleza de la historia a partir de su propósito de ofrecer una serie de preceptos de carácter formal. Para él la obra histórica tiene una función bien definida y cuando esta función se falsea se incurre en defectos tanto de forma como de contenido. Por ello es necesario considerar primero el papel que debe cumplir la historia y la misión que incumbe al historiador; para, en un segundo momento, observar los defectos en que incurre la historiografía cuando se aleja de su función propia o las cualidades que resultan cuando cumple adecuadamente su tarea. En este sentido es significativa la colocación que reciben dentro del tratado los excursos en que el autor hace consideraciones generales sobre las características de la historia: el primero de ellos (epígrafe 7-13) se inserta después de la introducción, *antes* de la parte dedicada a criticar las obras surgidas con ocasión de la reciente campaña; el segundo (epígrafes 34-42) está colocado inmediatamente *antes* de que se describan las cualidades literarias de la obra histórica. La existencia, en lo que respecta a las composiciones históricas, de un paralelismo entre las cualidades formales y el cumplimiento efectivo de su propia misión, es establecida, además, de manera expresa por Luciano: en los epígrafes 43 y 44, cuando el autor teoriza sobre el carácter del historiador, se encuentran los siguientes párrafos:

> «...sea su pensamiento (νοῦς) ordenado y coherente, su estilo (λέξις) exacto y civil (πολιτική), apto para mostrar su asunto de la manera más clara.»

> «Pues de la misma manera que establecimos como objetivo para su pensamiento (γνώμη) la libertad de expresión y la verdad, así hay también un primer objetivo para su dicción (φωνῇ): mostrar exactamente y exponer de la manera más clara lo sucedido.»

2.4. En definitiva, lo que hace Luciano en su tratado es asignarle a la historia un determinado papel, o, en otras palabras, fijar su posición dentro del conjunto de los géneros literarios; a ello se remonta a partir de las cualidades formales de la obra histórica, pero esto no interesa a nuestro objetivo; lo que nos interesa es hacer ver cómo Luciano establece unos pilares sobre los que debe

apoyarse la historia; y cómo, cuando uno de estos pilares falla, la historia, en su opinión, se desnaturaliza y se falsea.

2.5. Vamos a ocuparnos de estas bases previas que para Luciano definen la esencia de la historia; y para ello conservaremos la ordenación que da el autor a los problemas tratados. En primer lugar veremos, por tanto, la diferencia que existe entre historia, poesía y encomio; y en segundo lugar se considerarán las cualidades que Luciano exige al historiador como presupuesto para el cumplimiento adecuado de su tarea.

Historia, encomio, poesía

3.0. Como se ha dicho, Luciano efectúa en los epígrafes 7-13 una aclaración previa de la función de la historia. Esta aclaración se lleva a cabo en tres pasos:

a) Diferenciación de la historia frente a la poesía y el encomio (epígrafes 7 y 8).
b) Consideración de la misión propia de la historia (epígrafe 9).
c) Consideración, en relación con el punto anterior, del público al que debe dirigirse el historiador (epígrafes 11-13).

3.1. La diferenciación de la historia frente al encomio y a la poesía la lleva a cabo Luciano en un excurso del que destaco las frases más significativas:

> «...no por un estrecho paso está delimitada y separada la historia del encomio (ἐγκώμιον), sino que hay un gran muro en medio de ellos...»[5].
>
> «...sólo una cosa importa al encomiasta, agradar y alabar como sea al sujeto del encomio, y si sucediese que alcanza su fin mintiendo, poco le puede importar; la historia, en cambio, no soporta que ninguna falsedad, ni aún minúscula, se deslice en ella...»[6].
>
> «También parecen desconocer los tales historiadores

5. Luciano, *o. c.*, 7.
6. Luciano, *o. c.*, 7.

> que unas son las pretensiones (ὑποσχέσεις) y las reglas (κανόνες) propias de la poesía y otras las de la historia; allí la libertad es absoluta y hay una única ley: el parecer del poeta (τὸ δόξαν τῷ ποιητῇ); pues si inspirado y raptado por las musas quiere uncir un carro con caballos alados o hace a otros cabalgar sobre el agua o sobre la espiga de la mies, ningún reproche ha de dirigírsele.» [7].
> «...grande, más bien muy grande sería esta falta, que no se supiera distinguir lo propio de la historia y lo propio de la poesía y se introdujesen en la una los embellecimientos propios de la otra —el mito, la alabanza y las exageraciones contenidas en ambos...» [8].

La oposición de la historia tanto a la poesía como al encomio la plantea Luciano en términos similares: en ambos casos la diferencia está en la actitud que adopta el historiador, actitud condicionada por la misión de la historia. Al encomiasta o al poeta le interesa alabar o agradar, y para ello tiene completa libertad, pudiendo llegar a pasar por encima de la verdad; cosa que no puede hacer el historiador. De esto lo que me interesa subrayar es que no es ya el respeto a la verdad lo que constituye la marca distintiva de la historia, sino la postura que asume el historiador: de hecho un encomio o una poesía pueden estar conformes con la verdad sin dejar de ser lo que son; es por tener otra misión —la de alabar o la de agradar— por lo que este tipo de composiciones se diferencian de las obras históricas.

3.2. Todo esto se confirma en el apartado siguiente, en el que Luciano parece resumir sus conclusiones hablando en términos generales de la misión de la historia; destaco de dicho apartado las frases más significativas:

> «...una es la tarea y el fin de la historia, la utilidad (τὸ χρήσιμον) tal como resulta sólo de lo verdadero.» [9].
> «...ciertamente la historia, si de otra suerte introdujese lo que agrada (τὸ τερπνὸν), conseguiría atraer muchos admiradores, pero mientras realice sólo su propia mi-

7. Luciano, *o. c.*, 8.
8. Luciano, *o. c.*, 8.
9. Luciano, *o. c.*, 9.

sión (τὸ ἴδιον ἐντελές) —me refiero a la exposición de la verdad (τὴν τῆς ἀληθείας δήλωσιν)— poco se preocupará de la belleza» [10].

3.3. El autor termina esta primera aclaración de la naturaleza de la historia hablando del público al que debe dirigirse el historiador. Establece por una parte un público selecto (οἱ ὀλίγοι ἐκεῖνοι) dotado de agudeza y capacidad para apreciar en sus detalles la composición histórica; y por otra el público formado por la masa (τὸν συρφετὸν καὶ τὸν πολὺν δῆμον), que aplaude al historiador cuando éste, en su afán por adularle (Luciano emplea el término θωπεία), introduce los mitos y las alabanzas en su relato. Finalmente considera aquellas obras inspiradas por la adulación y escritas para obtener algún beneficio personal [11].

3.4. Es interesante observar que aquello que Luciano considera como falseamientos de la historia —la no distinción entre la poesía y los productos retóricos, la introducción en la historia de los elementos propios de la poesía, la alabanza, llevada hasta el absurdo, de algún personaje— no sólo se da en las obras oportunistas y de poca calidad contemporáneas a Luciano, sino que llegó a constituir, en determinados momentos del desarrollo de la historiografía griega, la tendencia dominante. La aproximación a la retórica está representada por un buen número de historiadores de la época helenística encabezados por Eforo y Teopompo. El acercamiento a la poesía aparece en la llamada historiografía trágica. Y la propensión a la alabanza, la transformación de la historia en encomio, es evidente en la obra de los historiadores de Alejandro.

3.5. La aproximación, en la época helenística, de la historia a la poesía y a la retórica ha sido discutida en muchas ocasiones y aún sigue siéndolo. En lo que toca a la retórica las opiniones oscilan entre posturas como las de Laqueur, para quien Eforo y Teopompo, que inauguran la historiografía retorizante, estarían unidos a Isócrates por una relación de discípulo a maestro [12], hasta

10. Luciano, *o. c.*, 9.
11. Luciano, *o. c.*, 10-13.
12. Laqueur, artículo «Theopompos» en *RE* V A II Zweite Reihe X Halbband, 1934, columnas 2176-2223; la presunta relación entre Isócrates y Teopompo se halla desarrollada sobre todo en las columnas 2187 y siguientes.

posiciones como las de Schwartz y Jacoby, que creen que la aproximación de la que hablamos hay que reducirla a un fenómeno estilístico: se trataría simplemente de que estos autores usaron en su composición un lenguaje isocrático [13]. Más complejo es el caso de la poesía; en relación con este tema se ha desarrollado una teoría muy discutida que aquí voy sólo a esbozar en sus líneas generales.

El concepto de historiografía peripatética fue elaborado por E. Schwartz [14]; en opinión de este autor habría habido, durante la época helenística, una aplicación de los principios acuñados por Aristóteles en su teoría poética al campo de la historia; se intentaría producir, de acuerdo con esta tendencia, una historiografía próxima a la tragedia en el sentido de que los sucesos narrados recibirían un tratamiento dramático y que, a través de ellos, como ocurre en la tragedia, se intentaría despertar el πάθος de los lectores; dicha tendencia, llevada a la práctica por Calístenes y Duris, habría sido fundamentada teóricamente por Teofrasto y Praxífanes en sus escritos περὶ ἱστορίας, y representaría una reacción contra ciertas direcciones de la historiografía helenística.

La hipótesis así formulada por Schwartz se mantuvo por algún tiempo, siendo objeto de correcciones en detalle, hasta que más recientemente fue atacada por una serie de críticos a cuya cabeza estaba B. Ullman [15]; para este autor la diferencia entre tragedia e historia habría sido subrayada por Aristóteles lo bastante como para que fuese imposible, dentro de la escuela peripatética, un trasvase a la segunda de los principios que rigen la primera; en realidad la aplicación a la historia de los principios poéticos habría que hacerla remontar a la escuela isocrática; que una historiografía como la historiografía trágica de la que estamos hablando jugase un papel tan importante en la época helenística, supondría un triunfo de Isócrates sobre Aristóteles.

La cuestión quedó abierta a la crítica sin que, al parecer, se alcanzase una respuesta definitiva; en 1955 Walbank llegó a la

13. Schwartz, artículo «Ephoros» en *RE* VI I VI Halbband, 1907, columnas 2-16; Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*. Zweiter Teil, C, páginas 32-35.

14. La exposición de esta cuestión se encuentra desarrollada en K. von Fritz, «Die Bedeutung des Aristoteles für die Geschichtsschreibung», incluido en el volumen *Histoire et historiens dans l'Antiquitè*, Vandoeuvres-Genève, 1956.

15. B. L. Ullman, «History and tragedy», *Transactions of the American Philological Association*, 73 (1942); citado según von Fritz, *o. c.*, p. 110.

conclusión de que tan insuficientes eran las pruebas que se aducían para justificar el origen isocrático como las que se daban para probar la procedencia aristotélica [16].

3.6. De todo esto lo que me interesa subrayar es la labilidad que presenta la historia, labilidad que toca Luciano y en cuya virtud la historiografía puede contaminarse tanto de retórica como de poesía. El problema que así se plantea puede enfocarse desde distintos puntos de vista. Un primer enfoque es el que da Schwartz o los que están a favor de una apropiación por parte de la historia de las técnicas de la retórica: lo que se discute así es de dónde proceden los nuevos métodos que se incorporó la historiografía helenística; pero este enfoque no agota el problema: queda la cuestión de porqué las obras históricas de esta época presentan una nueva fisonomía. Luciano parece considerar este aspecto cuando habla del público al que debe dirigirse el historiador: como hemos visto opina que el afán por agradar a la masa —al público del que habla como τὸν συρφετὸν καὶ τὸν πολὺν δῆμον— es una de las causas de deformación de la historiografía. No cabe duda de que la aparición de una amplia masa de lectores es un elemento que hay que evaluar cuando se consideran las especiales características de la historiografía helenística; porque la aproximación de la historia a la publicística, que aparece claramente en un autor como Calístenes [17], sólo tiene sentido si existe una audiencia amplia apta para servir de objetivo; y por otra parte, la presencia de un público abundante [18], que exigía movimiento y emoción de las obras históricas debió de ser un factor de importancia para que se introdujesen en los relatos históricos adornos de tipo poético, con independencia de que determinados autores, a la hora de justificar de manera teórica sus producciones, acudiesen al trasvase de las categorías poéticas a la historia del que habla Schwartz. Pero tampoco así queda resuelto el problema que estamos tratando; queda por ver qué era lo que había en la condición de la historia en cuya virtud era propensa a cambiar de función; o en otras palabras,

16. Walbank, «Tragic History. A reconsideration», *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London*, 1955.

17. Véase Jacoby, artículo «Kallisthenes» en *RE* X II XX Halbband, 1919.

18. Véase, sobre este aspecto, W. W. Tarn y G. T. Griffith, *La civilización helenística* (traducción del original inglés *The hellenistic civilisation*, Londres, 1952), Méjico, 1969; páginas 203 y siguientes.

qué era lo que permitía que se contaminase de otros géneros literarios; el mero hecho de que se sintiese la necesidad de establecer una diferenciación respecto al encomio y a la poesía es ya significativo; y lo es igualmente el que parezca existir, de alguna forma, una vecindad entre los tres géneros: en este sentido creo de importancia observar los términos que emplea Luciano —διώρισται καὶ διατετείχισται cuando se refiere a la diferenciación entre historia y encomio, χωρίζειν en lo que toca a historia / poesía [19].

La función de la historia y las cualidades del historiador

4.0. A partir del epígrafe 34 comienza la parte positiva de la obra de Luciano, es decir, aquella que se refiere a las normas que debe seguir el historiador. Lo mismo que en la parte anterior cabe hacer una subdivisión entre una primera sección en que el autor teoriza sobre la distinción entre historia, poesía y encomio, y una segunda en que critica las faltas en que han incurrido los historiadores de la guerra contra los partos, en ésta Luciano hace preceder a la parte en que trata las reglas prácticas, referidas fundamentalmente al estilo y a la composición, una exposición en la que comienza describiendo las cualidades del historiador para concluir con una breve mención del fin último de la historia. Es de esta exposición previa —epígrafes 34-42— de la que, conforme a los propósitos del presente artículo, me voy a ocupar en este apartado; y también aquí quiero respetar el orden dado por Luciano; me ocuparé, por tanto, en primer lugar de la afirmación general, referente a la necesidad de que el historiador posea de antemano unas cualidades determinadas, con que el autor abre la parte que estamos tratando; a continuación de la descripción de dichas cualidades; y por último de la mención final sobre el fin de la historia.

4.1. Luciano empieza afirmando que el historiador debe poseer de antemano dos cualidades: penetración política (σύνεσιν πολιτικήν) y poder de expresión (δύναμιν ἑρμηνευτικήν); la segunda de ellas se conseguirá mediante práctica y estudio; pero la primera

19. Luciano, *o. c.*, epígrafes 7 y 8.

debe ser un don innato (ἀδίδακτόν τι τῆς φύσεως δῶρον)[20]. Viene a continuación un párrafo que ya he comentado; en él Luciano plantea la pregunta de cuál puede ser, dado que las cualidades necesarias para componer obras históricas se consideran existentes de antemano, la utilidad de su escrito; y responde especificando que no pretende haber descubierto ninguna técnica (τέχνην) mediante cuyo uso cualquiera puede llegar a ser historiador; tan sólo pretende mostrar a quien está naturalmente capacitado (τῷ φύσει συνετῷ) y se ha ejercitado ya en el dominio de la expresión, algunas recomendaciones que le ayudarán en el cumplimiento de su tarea[21]. Luciano, por tanto, deja bien aclarado que no se llega a ser historiador mediante un proceso de formación, sino que solo el que desde su nacimiento (y aquí es pertinente observar que Luciano usa el término συνετός que, como es sabido, tiende a significar «inteligente por naturaleza», por oposición a μαθών) puede cumplir adecuadamente la tarea de componer obras históricas.

4.2. Seguidamente el autor se lanza a una descripción detenida de las cualidades necesarias al historiador; esta descripción comprende desde el epígrafe 37 al 41 y se puede dividir en dos partes, de acuerdo con el tenor de las cualidades que se exigen:

a) En primer lugar Luciano expone las características propias del hombre práctico, de acuerdo con la exigencia, formulada anteriormente, de σύνεσιν πολιτικήν:

> «Que se nos confiera un discípulo con estas características —no sin disposiciones para entender y para hablar—, pero además agudo observador, capaz también de obrar si fuese necesario y de tener mentalidad militar y política juntamente (γνώμην στρατιωτικὴν ἀλλὰ μετὰ τῆς πολιτικῆς) y experiencia táctica (ἐμπειρίαν στρατηγικήν), y, por Zeus, que haya estado alguna vez en un campamento y haya visto a los soldados ejercitándose y maniobrando.»[22].

20. Luciano, *o. c.*, 34.
21. Luciano, *o. c.*, 35.
22. Luciano, *o. c.*, 37.

b) A continuación, en un extenso excurso, que se inicia en el epígrafe 38 y culmina en el 41, se especifican aquellos rasgos personales que permitirán al historiador cumplir adecuadamente su tarea; así como veíamos que la historia se diferencia de la poesía y del encomio en tanto que no persigue el mismo fin de aquéllos, así también el historiador posee algunas particularidades de carácter que lo diferencian de quienes persiguen en sus obras la adulación y el provecho propio: el historiador debe ser libre, desprovisto de temores y esperanzas (ἐλεύθερος ἔστω τὴν γνώμην καὶ μήτε φοβείσθω μηδένα μήτε ἐλπιζέτω μηδέν)[23]; su tarea será narrar los hechos como ocurrieron (τοῦ δὴ συγγραφέως ἔργον ἔν -ὡς ἐπράχθη εἰπεῖν) y no debe esperar recompensas ni temer represalias; sólo debe sacrificar a la verdad[24]. Todo esto culmina en el epígrafe 41, en el que se mezcla la descripción de la tarea del historiador y la exposición de sus cualidades morales:

> «Tal sea, ciertamente, el historiador —desprovisto de temor, íntegro, libre, amigo de la libertad en el hablar y de la verdad, que llame, como dice el cómico, al higo, higo, a la pila, pila, que no confiera ni pase por alto nada por odio o por amistad, ni compadezca, ni se avergüence ni se turbe, juez imparcial, benevolente para todos hasta el no dar a ninguno más de lo debido, extranjero y apátrida en sus libros, independiente, no sujeto a rey, no calculando qué parecerá a este o al otro, sino contando qué ha ocurrido.»

4.3. Luciano termina esta parte que estamos comentando aludiendo, como epílogo de lo anterior, al fin de la historia; en este sentido afirma, citando a Tucídides, que la obra histórica debe ser una posesión para siempre (κτῆμά τε ἐς ἀεὶ) y que su único fin lógico es el de que «si alguien de nuevo se encontrara en circunstancias semejantes, pudiese, mirando lo que ya ha sido escrito, manejar de manera adecuada la situación presente»[25].

---

23. Luciano, *o. c.*, 38.
24. Luciano, *o. c.*, 39.
25. Luciano, *o. c.*, 9.

4.4. El problema que dejamos planteado en la sección anterior, la facilidad de la historia para cambiar de función contaminándose de otros géneros literarios, parece estar presente en el momento en que Luciano discute las cualidades del historiador; en efecto, de ellas, unas —el amor a la verdad y a la libre expresión, la ausencia de afán de adular, la libertad de espíritu— salen al paso de lo que Luciano considera como motivos por los que la historia degenera en poesía o encomio: el afán de agradar al público o a una determinada persona; mientras que otras —la capacidad de enfrentarse con asuntos prácticos, la experiencia política y militar, la capacidad de observación— parecen destinadas a subrayar la utilidad —referida a lo político y lo militar— como fin propio de la historia frente al afán de agradar (τὸ τερπνὸν) que, como vimos, era el objetivo de otros géneros literarios. La atribución al historiador de determinadas cualidades sirve así para solucionar el problema que se planteaba respecto a la función de la historia.

Ante esta situación cabe plantear dos nuevos interrogantes:

— por qué cuando se quiere solucionar el problema técnico de la historiografía es necesario acudir a una descripción de las cualidades personales del historiador.
— por qué se delimita el ámbito propio de la historia mediante la adscripción al historiador de un determinado carácter: el del hombre práctico.

4.5. Tal como aparece en el escrito de Luciano la historia se caracteriza por su respeto a la verdad y porque persigue el fin último de la utilidad; se mueve así entre dos polos: los hechos ocurridos, que han de exponerse fielmente, y las lecciones que pueden extraerse de dicha exposición. Usando una terminología aristotélica podría decirse que la historia consistía en derivar unas leyes universales —y aquí quiero subrayar que a la historia se iba no ya para establecer la verdad de lo ocurrido, sino para extraer lecciones de utilidad práctica— a partir de sucesos particulares. Existe así un desfase entre los propósitos, los fines que persigue la historia y su material. Y es este desfase lo que motiva que su posición sea algo ambiguo; lo esencial aquí, según creo, es que en virtud de esa dislocación de la que estamos hablando, para

llenar el hueco entre los dos extremos, debe intervenir la persona del historiador. La misión de éste era la de alumbrar, mediante verdades generales, los acontecimientos particulares de su relato sin que las primeras se sigan necesariamente de los segundos [26]; según la manera en que el historiador encare los sucesos concretos, la fisonomía que presenta la historia será distinta; y de aquí esa ambigüedad de la que venimos hablando.

4.6. Luciano repite en numerosas ocasiones que el historiador debe limitarse a exponer lo ocurrido; recordemos algunas de las expresiones que utiliza al respecto: «...mientras que la historia cumpla tan solo su fin propio —me refiero a la exposición de la verdad (τὴν τῆς ἀληθείας δήλωσιν)...» [27]; «...pues el historiador no es el autor de estas cosas [s. c. los hechos ocurridos], sino tan solo su expositor (μηνυτής)» [28]; «...pues los sucesos han ocurrido ya: es preciso ordenarlos (τάξαι) y exponerlos; de manera que no hay que buscar qué hay que decir sino cómo se debe decir» [29]. Ahora bien, ¿se deduce de todo esto que para Luciano la tarea del historiador consiste tan solo en narrar los sucesos desprendiéndose de la mera narración la utilidad propia de la historia? Si esto es así, no se ve clara la razón por la que se niega —como ya vimos— que pueda existir una técnica mediante cuyo aprendizaje cualquiera pueda llegar a ser historiador. Ni tampoco se ve por qué se califica la labor histórica como tarea sumamente grande y difícil (μεγάλῳ καὶ χαλεπῷ τῷ πράγματι) [30], necesitada de mucho cuidado (πολλῆς φροντίδος) [31], y para cuya realización se necesitan unas cualidades innatas previas.

La realidad parece más bien que en Luciano está presente el problema del que hablamos: el desfase entre las leyes de utilidad general, fin último de la historia, y el material del que debe partir el historiador. La solución que ofrece, la atribución de unas cualidades y la adscripción de un determinado carácter al historiador,

26. Sobre el juego entre lo general y lo particular en Polibio y Tucídides puede verse K. E. Eisen, *Polybiosinterpretationen. Beobachtungen zu Principien griechischer und römischer Historiographie bei Polybios*, Heidelberg, 1960.
27. Luciano, *o. c.*, 9.
28. Luciano, *o. c.*, 38.
29. Luciano, *o. c.*, 50.
30. Luciano, *o. c.*, 35.
31. Luciano, *o. c.*, 5.

no es, por otra parte, algo original: aparece ya cuatro siglos antes con Polibio, quien, como ha hecho notar Isnardi [32], resolvió el problema técnico del método histórico en términos de disciplina moral, sometiendo la tarea del historiador a condiciones de competencia política, dignidad en el lenguaje y rechazo de la retórica.

4.7. Elucidar de manera completa el tratado de Luciano supone elucidar algunos de los problemas fundamentales que arrastraba la historiografía griega; la dicotomía universal/particular de la que venimos hablando podría servir como punto de partida para plantear algunos de ellos; habría que ver, por ejemplo, hasta qué punto esta tendencia a iluminar mediante verdades generales los acontecimientos concretos juega un determinado papel en la elaboración de un sistema coherente de causas históricas; y habría que ver a través de qué medios intentaron los distintos historiadores conferir una unidad a su obra, haciendo que ésta dejara de ser una mera sucesión de hechos particulares, dejara de ser una crónica.

32. M. Isnardi, «Τέχνη e ἦθος nella metodologia storiografica di Polibio», *Studi Classici e Orientali*, 2. 1955, páginas 102-110; no he podido consultar el trabajo original; cito según P. Pedech, en su introducción a la edición del libro XII de Polibio.